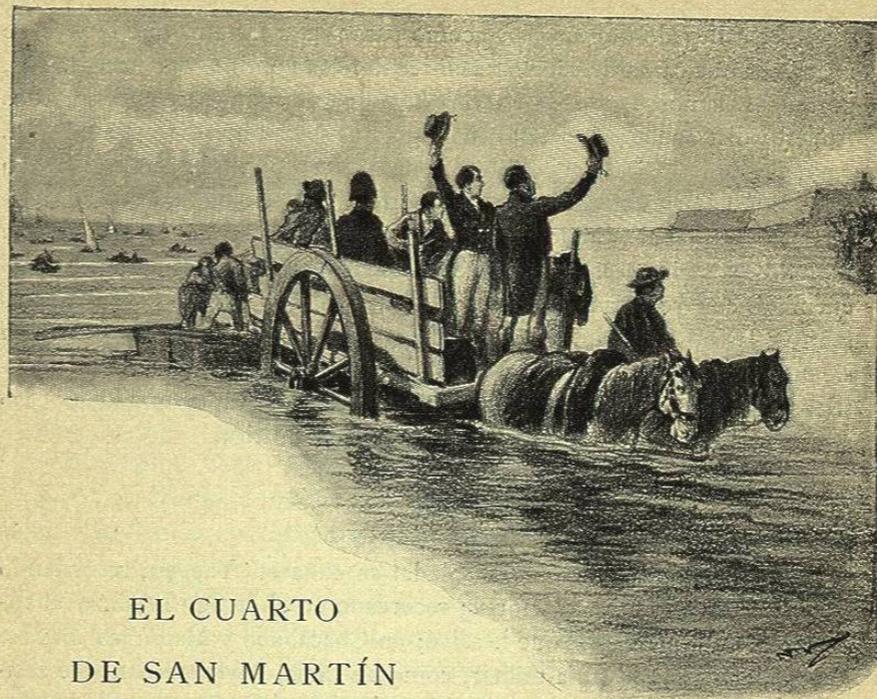
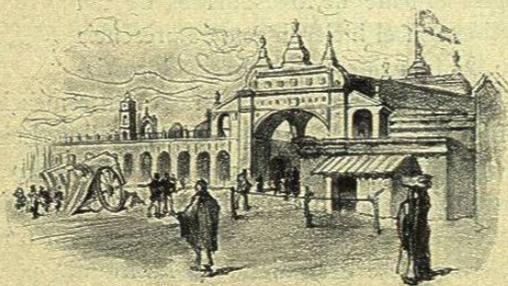


Ya no quedaba en pie testigo alguno del 25 de mayo de 1810. Iba todo entusiasmo y manifestación de regocijo borrándose en nietos olvidados de hazañas de ilustres abuelos. Parecía que el 25 de mayo amaneciera en mañanas más crudas. Prudente era precaverse de influenza y fríos que en las más heladas montañas no habían achuchado á los viejos que nos dieron patria. Prudente se encontraba también no mortificar sentimientos en extranjeros, que al alzar la vista durante la celebración de fiestas patrias miraban con malos ojos en la Metropolitana banderas inglesas, españolas, portuguesas, trofeos rendidos por el esfuerzo de nuestros padres.

No ha pasado medio siglo del aniversario que festejábamos con nuestros compañeros de escuela el año de la caída del tirano, cuando ya se proyecta suprimir la conmemoración de la Independencia.

¿A qué tanto cohete inútil? ¡Tanto ruido por nada! Los jóvenes de la guardia nacional se cansan de estar parados. Sin duda no descienden de aquellos férreos guerreros á quienes no fatigaron sierras y montañas. Fundamento de nuestro bienestar fueron sus sacrificios. Pasaron. Sólo nos quedan muertos ilustres. ¿Para qué recordarles? ¿Estará á punto de extinguirse entre los argentinos el sentimiento de patriotismo?

Próximos á desaparecer el himno, la pirámide y la conmemoración patria, ¡hay ya quien se atreve á proponerlo!, no será difícil que el 9 de julio de 1916, en vez de encontrarnos las manos entrelazadas nacionales y extranjeros, cantando el Himno nacional al pie del obelisco de mayo, vestido de mármoles de las catorce provincias, pregunte alguno al pasar: «¿Qué hubo en el centro de esta plaza?» Tal vez el más avisado de los escolares llegara á interrogar: «Papá, ¿qué celebraban el 9 de julio, que me han contado no había antes escuela en ese día?»



EL CUARTO DE SAN MARTÍN

I

La *Casa del altillo*, *del encuentro*, *la Casa del abrazo*, llaman á la que, en el camino de Tucumán á Salta, sobre el río Yatasto, se encontraron por vez primera Belgrano y San Martín, que no se movió de su sitio; pero el último cuarto de éste, también célebre, es un *cuarto viajero*, y en Brunoy, Boulogne ó Buenos Aires, siendo uno solo, en tres partes distintas estuvo.

Cuentan que la Santa Casa donde moró María Santísima cierta Nochebuena sin luna, se la robaron los ángeles, conduciéndola cerca de Roma (á Loreto), donde actualmente se visita, y con sus mismas dimensiones se encuentran en Nazareth sus cimientos, que por pesados no alzarían con ellos. Sin la reproducción de tal milagro, mientras que descubrimos cómo por arte de birlibirloque vino del uno al otro mundo este cuarto encantado, recordaremos un poco de historia vieja del olvidado libertador de un mundo.

Cumplen los cincuenta años que expiró el gran capitán, quien con menos batallas obtuvo más resultados.

Recién llegado de Europa, y como para sentar la tampa que le precede apenas da una carga de caballería en territorio argentino y no necesita dos, porque sus famosos *granaderos á caballo* despejan todo el campo. Pasa los Andes, y distraendo el ejército enemigo, que se cree invadido por todos los boquetes de la Cordillera á la vez, le deshace en una sola batalla. Un año transcurren los politiqueros de uno y otro lado de la montaña entre si deben ó no auxiliar al ejército de su mando para dar el golpe de gracia en la capital de los virreyes. Mientras rencillas civiles abren más buracos que el enemigo, con refuerzos del mismo Perú, vuelven á presentar todas sus fuerzas, las mismas que, en otra batalla á orillas del Maipú, dispersa para siempre. Con figuras de contradanza, aproximaciones y círculos concéntricos, esparciendo sus guerrilleros por el interior y aproximándose paso á paso á la capital de Lima, toma ésta sin tirar un tiro.

II

Habíamos tenido ocasión de saludar su cuna en Yapeyú, recorriendo todos los campos de sus victorias; recordado en el de San Lorenzo al valeroso correntino Cabral que le salvó; en Chacabuco y Maipú las más bellas páginas de su historia militar; como en Lima, cuyos peruanos le aclamaron su Protector; en Guayaquil la sala del célebre abrazo; habíamos seguido las huellas de sus pasos sin alcanzar algo palpable, y hubiéramos seguido hasta el fin del mundo por tocar lo que de él restaba y prosternarnos ante sus cenizas venerandas.

¡Al fin llegamos! Entre un baile y una comida de amistad, ofrecida por su hija con la más exquisita galantería, se nos presentó la ocasión deseada. La noche del 25 de mayo de 1872, celebrando en la Legación Argentina de París el aniversario patrio, que en casa alguna se festejaba como allí, pareciendo flotar la sombra amada del padre de la patria dentro del hogar de sus hijos, el señor ministro dijo al despedirse:

—Se ha bailado, divirtiéndose á los vivos, y brindado por los manes del mayor héroe entre nuestros compatriotas; mañana visitaremos sus restos.

Y así fué. El próximo domingo el Sr. Balcarce nos esperaba en su hermosa quinta de Brunoy con su distinguida esposa la señora Josefa San Martín y Escalada, su hija Josefa Balcarce y San Martín de Gutiérrez Estrada, el esposo de ésta y la hermana del señor ministro, María Balcarce.

Atravesando la quinta descendimos hacia el pequeño cementerio, y ante el sepulcro del general San Martín caímos de rodillas, contemplando la urna cineraria que guarda los restos del más grande americano. Hoy, dentro de más rico sarcófago, se custodian en nuestra catedral metropolitana.

Este gran hombre de bien que la historia señala el primer argentino, habitó sus últimos seis años en el cuarto que describimos, antes de su breve jira por Enghien y otros balnearios buscando restablecerse, hasta llegar á Boulogne, donde le sorprendió la muerte. Recordamos que en esa piadosa peregrinación acompañábamos á otra ilustre patricia, señora Isabel Alvarez de Viñal, hija del general Alvarez Thomas, y al joven Gregorio Lezama. Delante de las cenizas del general nos refirió la propia hija los últimos momentos del padre querido.

III

Levantado contra la voluntad del médico, en cuya casa se hospedaba, sintió de pronto un nuevo ataque, recostándose en el lecho de la hija, á cuyo aposento había pasado. En aquel su postrer día (17 de agosto de 1850) rodeábanle, á más de la hija y el Sr. Balcarce, el médico M. Jordán y su familia tan caritativa; el Sr. Rosales, ministro de Chile, y el abate Haffreingue, de la catedral de Boulogne, en cuyos brazos expiró como á las dos de la tarde. Cuando á la mañana siguiente llegaron el Sr. D. Félix Frías y D. José Prudencio Guerrico, rezaban al pie del féretro dos hermanas de la Caridad. Frías, tan patriota como piadoso, puso un crucifijo de marfil sobre ese abnegado corazón que ya no latía, como diez años antes tuvo ocasión de colocar la cruz del rosario que llevaba en toda la campaña, sobre el cuerpo tibio aún del general Lavalle, que cayera en brazos de este su devoto secretario.

La iniciativa del director de nuestro Museo Histórico, Sr. Carranza (digno sobrino del erudito historiógrafo y anticuario Dr. Angel Justiniano Carranza, que las letras argentinas llorarán por muchos años), infatigable coleccionista de todo un pasado glorioso, acaba de restaurar con los mismos muebles el último cuarto de San Martín en el parque Lezama y en el mismo aposento del malogrado joven recordado.

Aquí llegamos al *cuarto viajero*, que sin moverse se echó á andar, fenómeno (aun en el siglo de la electricidad, del movimiento continuo y de las luces) á milagro mayúsculo parecido, si no aclaráramos el sucedido.

Quando fué albacea de su buen amigo el banquero Aguado, compró San Martín la casa de campo de *Gran Bourg*, en el parque del marqués de Brunoy, vecina á la del trágico Talma (Luis XVIII había conferido el título de este marquesado al duque de Wéllington en agradecimiento á su victoria de Waterloo), dominando el valle que cruza Yéres, á medio camino del ferrocarril de París á Fontainebleau. Tuvo este cuarto dos ó tres

transformaciones, pero el mobiliario fué siempre en igual colocación dispuesto. El de la pieza contigua al comedor en Brunoy había sufrido ligera modificación de cuando le visitaron los señores Varela (D. Florencio, 1844) y Sarmiento, cinco años después. Trasladado á Boulogne-sur-Mer, fué restablecido en Brunoy como le describimos en 1872, y reconstruido hoy en nuestro Museo con toda fidelidad, según el croquis de la Casa Grande Rue, 105, Boulogne-sur-Mer, departamento del Pas de Calais, donde murió. Entrando á la derecha, por la puerta que abría el jardín, en el cuarto de Boulogne, donde aparece la chimenea, estaba el sencillo *toilette*, y en la cabecera contigua, al lado de la baja cama de hierro, un pequeño velador. En la pared que sigue, donde señalase una puerta, había un armario y dos sillas á uno y otro lado del sofá; sobre ese mismo muro y á los costados del paisaje de Chacabuco, dos pequeñas *marinas*. En el otro testero, frente á la cama, un escritorio; sobre éste el retrato de Bolívar, grabado, y arriba el de San Martín, al óleo, envuelto en la bandera y debido al pincel de la profesora de su hija (Bruselas, 1832). Una silla frente á cada ventana ocupaba el cuarto costado, decorando el primitivo muro de entrada cuatro *marinas*, principales episodios del combate de Abukir.

Sobre la chimenea, en el centro de esta pared (entrada al jardín en Brunoy) y en el muro de enfrente, antes y después de la muerte de San Martín se veía el reloj de mármol coronado por la estatua en bronce de Napoleón, entre dos pequeños candeleros del mismo metal. Al centro de la habitación la pequeña mesa cubierta de paño verde, y en su testero el sillón. Cerca de ella, todas las mañanas se ocupaba con suma prolijidad en limpiar sus *chismes de guerra*, como llamaba á la espada, pistolas de arzón y otras viejas armas. Sobre el alto escritorio, la caja de cigarros y pajuclera.

Entre los cuadros que adornan el aposento restaurado en el Museo, falta una pequeña *aguada* de su pincel (tan aficionado el padre á las *marinas*, como la hija á retratos al óleo), representando el combate en que su regimiento de Murcia se batió contra el mismo Nelson en el Mediterráneo el 12 de febrero de 1792.

¡Reservado estaba á otro 12 de febrero hacerle célebre en Chacabuco!

IV

El cuarto del más grande de nuestros guerreros refleja la sencillez de sus costumbres en lo modesto de su mobiliario, llamando sólo la atención algunos objetos por lo que recuerdan. Así en los pasadores y cerradura de la puerta de entrada, se lee: *Luis XVI me fecit*, de propias manos del rey

cerrajero; y el estandarte ofrecido por la municipalidad de Lima, bordado por la madre de Carlos V. Contemplando estos objetos, dió margen á la espiritual observación de un republicano francés durante la última visita de Sarmiento á San Martín: «Guerrero que independizó medio mundo, bien merece que bordados de una reina adornen su dormitorio, y cerros de reales manos guarden testimonios de sus glorias.»

En otra ocasión, en que Sarmiento y el Sr. Guerrico referían crueldades de Rozas, que San Martín resistía creer tan tirano, medió la célebre escena entre las nietas del general, en todo grande.

Quejosa y haciendo *pucheros* se acercaba la nietecilla á refugiarse en los pliegues de la amplia capa del viejo abuelo, y lloriqueando repetía tener frío su muñeca, cuyo vestido acababa de romper. El grave protector de pueblos y muñecas, interrumpiendo la conversación de sus amigos y el mate amargo en el ostracismo, abriendo el ropero sacó unas cintas amarillentas y descoloridas, diciendo al dárselas: «Toma, hijita, abriga tu muñeca con esto.»

A poco rato, fijándose los anteojos la señora Balcarce, y alzando la cinta que la ya consolada nietecilla dejó caer, leyendo en letras casi borradas: *Bailén, 8 de Junio de 1808*, dijo:

—Padre, ¿no se ha fijado en lo que dió á la niña? ¡Es la cinta de la decoración que el gobierno de España acordó á usted como vencedor en Bailén!

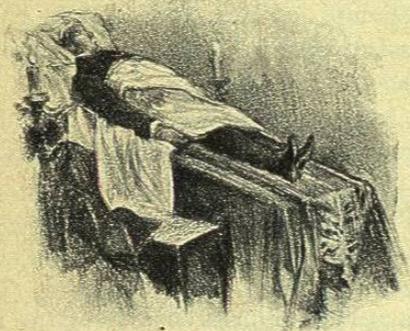
—¿Y qué?... ¿Para qué sirven todos estos cintajos y decoraciones, si no alcanzan á detener la lágrima de un niño?

Sobre esa misma mesa central escribió San Martín la nota en que ofreciera á Rozas su espada por haber protestado contra la invasión extranjera, defendiendo el *Páso de Obligado* de la escuadra anglo-francesa:

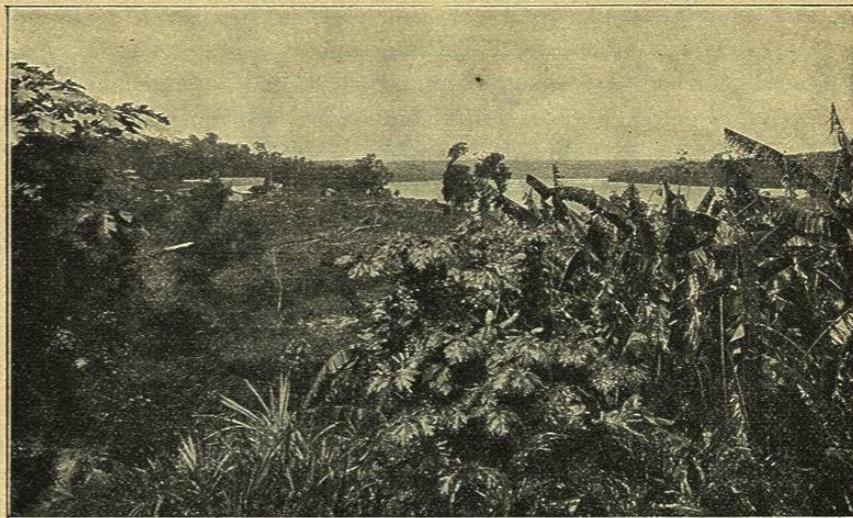
—Yo no creo tan tirano al general Rozas—contestaba á los emigrados unitarios;—preciso es que hayan decaído mucho mis paisanos, para que se dejen dominar por quien ustedes llaman *un cualquiera*. Exageran sin duda en sus pasiones exaltadas, ó las luchas fratricidas donde se antepuso la ambición al patriotismo les habrán debilitado. ¡Cuántas veces sólo la mano de un gobierno fuerte logra reprimir contiendas civiles que son la ruina de la nación! Al fin Rozas, ha defendido siempre la independencia americana.

Por observar estrictamente toda fidelidad al modelo que la nieta del ilustre prócer envió del cuarto histórico restaurado en nuestro Museo, su diligente director no ha creído oportuna nuestra observación de coleccionar

dentro de él todas las reliquias del gran capitán. En otras salas se conservan con igual cuidado: el uniforme de parada, que pocas veces vistió el que no fué general de parada (tan ricamente bordado en Lima, como sólo se bordó otro para Bolívar); sus veneras, medallas y condecoraciones; sus pistolas y otras armas, pero sobre todas, la reliquia de mayor importancia del protector: *su corvo sable de los Andes*, que brilló sobre las altas cumbres como la más resplandeciente aureola de gloria.



El general San Martín en su lecho de muerte



EL PRIMER GOBERNADOR DEL CHACO

I

.....
Ocho días después volvimos á hacerle nuestra primera visita en el cementerio.

Ya no resonaba el último cañonazo de la salva, ni la campanita cuyo lúgubre tañido doblaba tristemente.

La marcha fúnebre que parecía contagiar con lágrimas á los acompañantes no se oía ya. Pero aquel mustio ramito de violetas dejado entre el candado de la reja cerrada sobre sus restos, nos impresionaba.

Las grandes coronas, la multitud de flores de otras provincias, en todo el trayecto de esa larga vía dolorosa que los amigos de su última hora recorrieran conduciendo sus restos, todos esos recuerdos de amistad se hallaban bajo tierra. Sólo aquellas marchitas violetas, como saliendo de ella, palidecían inclinándose, postrera ofrenda de una pobre.

La mañana siguiente del entierro, á una mujer sin luto, mal vestida, hincada sobre el blanco mármol, se le había oído rezar largo tiempo en entrecortados sollozos.